

PRÓLOGO A “EFECTO ESMERALDA”

De Pedro Pozas Terrados

Creo disponer de información suficiente para poder asegurar que Pedro Pozas es una buena persona. Un hombre comprometido en la lucha contra la injusticia, informado, solidario, pero, sobre todo (y quizás sea una condición indispensable para todo ello), un buen hombre. Por eso sus escritos translucen su sufrimiento por la vorágine de destrucción en que está sumido nuestro planeta. Y sobre todo por sus causas. ¿Cómo es posible que siendo la mayor parte, la inmensa mayor parte de los seres humanos buenas personas, como él mismo se ha cansado de constatar, se haya llegado a esta situación de deterioro de las relaciones humanas entre sí y con la Naturaleza? Porque si nos detenemos a reflexionar sobre las informaciones que nos aporta Pedro, habitualmente ignoradas por los grandes medios de desinformación, las terribles condiciones en que se encuentran las poblaciones y la Naturaleza en un número creciente de áreas del planeta, nos asalta la idea de de el Mundo se ha vuelto loco. Mientras en los países empobrecidos por el colonialismo y la rapiña de las grandes potencias se siguen produciendo desastres ecológicos que les empobrecen aún más, causados por la avidez de recursos de los países enriquecidos a su costa, mientras se producen asesinatos, teledirigidos desde los centros de poder, de los líderes que luchan contra este expolio, mientras se siguen produciendo terribles guerras vendidas por los *mass media* como “espontáneos” movimientos de liberación, pero meticulosamente programadas en función de intereses “geoestratégicos” y de materias primas, mientras se siguen produciendo monstruosas hambrunas en poblaciones de países sin intereses para los poderosos, las economías de las grandes potencias depredadoras se tambalean por obra y gracia de unos cuantos dementes insaciables a los que nadie parece poder, o querer, poner coto.

¿Qué está pasando? ¿Por qué se ha llegado a esta situación? Hace unos años leí a un anciano filósofo (lamento no recordar el nombre) que se está librando una batalla entre el bien y el mal, y el mal está ganando de goleada. Quizás sea cierto. Tal vez sea la conclusión a la que puede llevar la capacidad de pensamiento totalizador de un sabio. Pero una forma de pensamiento más simple nos puede ayudar a rastrear el origen, las causas de esta victoria del mal. A intentar comprender por qué unas pocas personas

pueden hacer tanto daño a tantos seres humanos y llegar a poner en peligro el equilibrio de la vida sobre nuestro planeta.

Pedro no puede entender qué placer encuentran algunas personas en destruir la Naturaleza, la fuente de la vida. Y es que resulta difícil de entender para alguien con valores éticos, con sensibilidad pero, sobre todo, con sentido de la realidad. Porque el problema es que los verdaderos responsables, los que están detrás de esta situación, los que están construyendo el camino hacia el desastre, no tienen noción de la realidad. Son mentes enfermas, enloquecidas por unas ideas que les han llevado a creer que lo que hacen es lógico, que pueden hacerlo, es más, que deben hacerlo, porque así son las leyes que rigen la Naturaleza, la vida.

Cuando se llevan años siguiendo la pista, buscando el origen, las causas y las consecuencias de estas ideas tan estúpidas como nefastas, cuando se ha repetido mil veces que hemos sido engañados, que los poderes que desde hace más de 100 años controlan la economía mundial, el verdadero poder que mueve los hilos del Planeta, han ocultado, deformado y manipulado la información hasta convertir en “leyes científicas” las supuestas “teorías”, las supercherías que favorecen sus intereses, resulta tedioso volver a escribirlo una vez más, pero supongo que debe de serlo aún más para los hipotéticos lectores, por lo que les pido mil disculpas y les sugiero que, si esto es así, abandonen la lectura de mis repetitivas letanías y pasen a reflexionar y a obtener sus propias conclusiones sobre las informaciones que aporta Pedro en este libro.

Para el que haya tenido la paciencia de seguir leyendo, supongo que a estas alturas de la llamada “crisis financiera” que atenaza crecientemente a las sociedades de los países también denominados (autodenominados) “avanzados” no le serán necesarios muchos conocimientos en economía para haber llegado a la conclusión de que la “teoría” del “libre mercado” es un auténtico fraude. Pero hay que recordar que su fervorosa acogida por parte de los poderosos se debió a que fue pensada sólo en función de los intereses de los “mercaderes”, porque, según su creador, Adam Smith, los asalariados “de todo tipo” eran (éramos) poco menos que materias primas sujetas a otra “ley” muy conveniente para los que más tienen, la de la oferta y la demanda, de acuerdo con la cual deberían reproducirse (o morir de hambre, en su caso). Todos podemos ver las consecuencias de la aplicación de estas leyes que han dejado el Mundo en manos de personas insaciables y sin escrúpulos que no se detienen ante nada en su búsqueda de obtener beneficios de

donde sea y han convertido en “negocios” las actividades más destructivas y vergonzosas y en competidores a los ciudadanos del mundo. Una competencia que, en el caso de los “asalariados de todo tipo” de los que hablaba Smith, consiste en trabajar cada vez más por menos salario si es que quieren, simplemente, sobrevivir. Y mientras el número de excluidos, de derrotados en la competencia, de los “no aptos” aumenta sin cesar las riquezas acumuladas por los beneficiarios de este fraude resultan obscenas ante las imágenes de sufrimiento y muerte que se producen en la mayor parte del mundo. Pero así son las “leyes” de la Naturaleza. Es más, así deben ser. Para Milton Friedman, “padre del liberalismo económico”, regulan la vida de la sociedad y el comportamiento de los individuos. Todas las relaciones sociales pueden ser reducidas a la “Ley” de la oferta y la demanda, que se rige por la “libre competencia” y *“la exclusión de los incompetentes e incapaces redundará, a largo plazo, en beneficio de la especie”*.

Y así, la competencia permanente de todos contra todos, la lucha por los recursos, elimina a los débiles y es la que determina quién toma posesión de la tierra: los que tienen alguna “ventaja” sobre los demás. Esta no es una simplificación o una interpretación malintencionada por mi parte para buscar culpables. Es una frase que se repite mil veces en los artículos científicos de los autores más prestigiosos, en la sección de “ciencia” de los periódicos y en los programas divulgativos de la televisión para explicar supuestamente la evolución de la vida pero, sobre todo, las relaciones entre los seres vivos. La “Leyes Naturales” que rigen la vida. Y los que gobiernan el Mundo son firmes creyentes en estas “leyes”, como escribe Eduardo Galeano en uno de sus certeros diagnósticos: *“Los maestros calumnian a la Naturaleza: La injusticia, dicen, es Ley Natural... Por Ley Natural, comprueban Richard Herrnstein y Charles Murray, los negros están en los más bajos peldaños de la escala social. Para explicar el éxito de sus negocios, John D. Rockefeller solía decir que la Naturaleza recompensa a los más aptos y castiga a los inútiles; y más de un siglo después, muchos dueños del Mundo siguen creyendo que Charles Darwin escribió sus obras para anunciarles la gloria.”* Y si observamos el rumbo que está tomando la Humanidad parece claro que están dispuestos a llevar estas “leyes” hasta su último extremo, que en su fanática obcecación sería decidir qué parte de la Humanidad merece sobrevivir y la estúpida pretensión de controlar la Naturaleza a su voluntad sin tener conciencia de algo que ya sabían hace mucho tiempo las viejas culturas arrolladas por la competencia y que es fácil de comprender por cualquier persona dotada de sentido común y de comprensión de la realidad: que los daños que hacen a la Madre Tierra y a otros seres humanos se los hacen a sí mismos. Que la Naturaleza es infinitamente más poderosa que los hombres y que jamás la podrán

dominar. Porque las “Leyes Naturales” que les justifican no son sino otro fraude zafio y cegato. Otra gran mentira elaborada premeditadamente, meticulosamente por unos y obtusamente seguida por otros. Por personas firmemente convencidas de su superioridad “innata”, “racial”, sobre el resto del Mundo a los que les resulta muy conveniente como justificación de la terrible situación de la mayor parte de la Humanidad la burda idea de que los más “aptos” los más “idóneos” o los que poseen alguna “ventaja” sobre los demás han de ser los vencedores en la lucha permanente de la Naturaleza y contra la Naturaleza. Otro fraude sustentado en una supuesta “teoría” tosca, inconsistente, basada en los prejuicios culturales y sociales de los “más aptos” que han convertido en la explicación del Todo mientras ignora todo. Desde la sabiduría ancestral que comprendía y respetaba a la Naturaleza, hasta la necesidad de la cooperación, la necesidad de la participación de todos los seres vivos para el equilibrio natural y para la existencia de los seres humanos. Desde los conocimientos científicos anteriores a su imposición, a su invención, que habían iniciado el camino de comprender la complejidad de los fenómenos naturales, la estrecha comunicación e interdependencia entre los organismos y el entorno, hasta los datos científicos más recientes que nos confirman que estaban en el buen camino. Un camino que la maraña creada por la obtusa obcecación en la competencia, las ventajas, el egoísmo y los “más aptos” ha convertido en un confuso laberinto del que será muy difícil salir.

Por eso no pueden comprender realmente el drama que significa la, al parecer inevitable, extinción de los grandes simios que tanto dolor provoca a Pedro en su lucha incansable por su derecho a vivir. No pueden entender que no se trata de una más de “sus” extinciones naturales causadas por la competencia o por “incapacidad de adaptación” a las nuevas condiciones. Que no son “simples animales” con los que el Hombre comparte un antecesor común “como con cualquier otro animal”. No comprenden el significado de que sean nuestras especies hermanas que comparten con nosotros características, capacidades y sentimientos que les dotan de una dignidad acreedora del mayor respeto. Que la extinción de cualquier especie, animal o vegetal es una señal de principio de desequilibrio ecológico, pero el hecho de provocar nosotros mismos, con conciencia de ello, la extinción de nuestros hermanos en la Naturaleza trascendería la catástrofe ecológica. Sería el más grave indicio de degradación, de miseria ética de la especie que, según ellos, domina la Tierra. Pero no lo pueden comprender porque desde su zafia concepción de la Naturaleza la extinción es su destino ineludible. ¿No se ha producido la evolución de la vida mediante la extinción de los menos aptos por los más aptos en su competencia por los recursos? ¿No han extinguido los “homínidos” más aptos a los menos aptos por poseer “ventajas” respecto a ellos? ¿No son los grandes simios un obstáculo para disponer de los “recursos naturales” de la selva? ¿No son animales “menos evolucionados”? Su extinción, pues, es lógica, inevitable. Es más, así lo dictan las “Leyes Naturales”. Las mismas

leyes que justifican a los que han impuesto, para su propio beneficio, para alimentar su soberbia, un sistema enloquecido, alejado de la realidad, que sólo puede mantenerse mediante una acentuación creciente de la explotación de los seres humanos y el expolio de la Naturaleza.

Pedro Pozas es una buena persona. Por eso no puede entender qué hay dentro de los cerebros enfermos de los que dominan el Mundo. Yo, que seguramente no soy tan bondadoso, creo alcanzar a intuir que hay una fea mezcla de estupidez y maldad, y hasta creo haber llegado a vislumbrar el origen, los fundamentos de su estupidez, pero mi malicia no debe ser suficiente, porque como a Pedro, como a otras buenas personas, me falta imaginación o capacidad para comprender esa maldad. Esa forma fría y estúpida de maldad.

Máximo Sandín

Alcalá de Henares, Agosto de 2011.